Artículo publicado en *La Nación,* el sábado 30 de octubre de 2010 con el título: “La pasión y el azar”.

RAZÓN, PASIÓN, AZAR

Oscar Oszlak

La razón y la pasión han sido las dos grandes fuerzas que, históricamente, se han disputado la explicación de los acontecimientos humanos, inspirando tanto los discursos como la acción política. La razón suele apelar a la verdad y dar fundamento a explicaciones deterministas de los fenómenos sociales. La pasión se funda principalmente en el poder y apuesta al voluntarismo como fuerza determinante del curso de los procesos históricos. Se trata, claro está, de fuerzas opuestas, pero no necesariamente antagónicas: qué dosis de racionalidad y de pasión animan las acciones de los hombres es siempre una cuestión de grado.

La racionalidad fue un signo distintivo del gobierno de Alfonsín. La pasión fue, para marcar un contraste que algunos encontrarán exagerado, el que caracterizó al de Kirchner. El discurso de Alfonsín tuvo, casi siempre, un marcado tono racional, mientras que el de Kirchner jamás dejó de ser apasionado. Hasta sus respectivos sepelios, luego de su desaparición física, se vieron marcados por estos rasgos opuestos: sobria demostración de afecto ciudadano en el de Alfonsín; exaltadas muestras de congoja y fervor popular en el de Kirchner.

Ciertamente, las circunstancias de ambas muertes y el momento en que los encontró en su ciclo de vida, fueron bien distintos. La del presidente radical se produjo cuando su carrera política se había agotado y ya no aspiraba a ningún cargo electivo. La de Kirchner, en cambio, cuando se perfilaba como firme candidato a la reelección presidencial. Pero esta misma diferencia podría ayudar a marcar otra coincidencia, si se incorpora al azar como tercera fuerza determinante de los acontecimientos históricos.

En efecto, la afirmación inicial de esta nota debe revisarse: además de la racionalidad y la pasión, de la verdad y el poder, del determinismo y el voluntarismo, también el azar juega a veces un papel importante -aunque obviamente inesperado- en el desenvolvimiento de los acontecimientos humanos. Fue Tucídides quien primero descubrió su intervención, en su célebre reconstrucción de la Guerra del Peloponeso. Para él, la razón humana se manifiesta en la capacidad de previsión de los grandes estadistas, como Pericles o Temístocles; lo irracional es propio de multitudes y demagogos. Pero a menudo, el azar trastoca los planes humanos mejor urdidos.

¿Cómo intervino el azar en los momentos en que se produjo una y otra muerte? Puede sorprender que ambas desataran tan notables corrientes de simpatía y de reivindicación de sus respectivas figuras y realizaciones, cuando su estrella política se había opacado. Quiso el azar que Alfonsín falleciera en una de las épocas de mayor crispación política del país, combinada con el estallido de una crisis de efectos imprevisibles para la Argentina. Podría conjeturarse que en ese contexto, su figura de líder político mesurado y racional despertó una corriente de simpatía popular que, probablemente, no habría tenido tal magnitud en otras circunstancias. Y es, de nuevo, el azar el que de modo distinto parece haber intervenido en esta masiva exaltación de la figura de Kirchner: la muerte permite rescatar su obra pasada, que fue importante, cuando ya no hay obra futura posible. La muerte borra definitivamente esa frontera entre lo que fue y lo que hubiera podido ser; sólo permanece aquello que puede ser apreciado.

En la “Oración Fúnebre de Pericles”, reconstruida por Tucídides, puede leerse este párrafo alusivo: “Son innumerables los azares a los cuales el hombre está sujeto (…) Pero son afortunados aquellos a quienes el azar ofrece una muerte gloriosa, la misma que hoy nos enluta. Aquellos cuya vida ha sido tan bien medida que pudiera acabar en la felicidad de servir de modelo”.